

Había tres indios de pie delante de la oficina de correos esa cálida mañana de verano cuando la motocicleta llegó como una centella por Walnut Street e hizo que Mel Weatherwax diese marcha atrás con su camioneta y atropellase al vaquero que estaba cargando sacos de cal. Iban tan deprisa que el hombre y la mujer de la motocicleta probablemente ni siquiera viesan el accidente que habían causado. Ambos llevaban gruesas gafas de motorista, y lo único que vio Mel fue la motocicleta roja, las gafas y dos matas de pelo, negra la de él y rubia la de ella. Pero nadie les prestó atención, el vaquero estaba malherido, quedó tendido maldiciendo sobre el polvo rojizo, con la cara blanca de dolor. Los indios se quedaron mirando en la acera mientras Mel Weatherwax y uno de sus peones llevaban al vaquero herido a la sombra del callejón de detrás de la tienda.

El médico llegó al cabo de un rato y también empezó a maldecir, mientras se arrodillaba y palpaba el cuerpo del vaquero con los dedos. A esas alturas había ya bastante gente observando al médico, también algunas mujeres, pero eso no impidió que él siguiera maldeciendo. Resultó que había varias costillas rotas, y que al trasladar al vaquero es probable que le hubiesen perforado los pulmones con los extremos astillados. Murió menos de una hora después, tumbado todavía en el callejón, y para entonces el sol se había desplazado lo suficiente para que volviese a estar expuesto al calor. Una de las mujeres del pueblo intentaba darle sombra con un parasol, pero

estaba tan ocupada hablando con una amiga que el parasol se movía y al vaquero no le sirvió de mucha ayuda. Cuando la mujer quiso darse cuenta, ya llevaba muerto un rato, así que dio un respingo, soltó un gritito y se fue calle abajo con gesto ofendido.

Todavía había una multitud alrededor de Mel Weatherwax cuando se llevaron el cadáver y él seguía contando lo ocurrido cuando el joven de la motocicleta y su novia volvieron al pueblo. Él se había subido las gafas sobre el pelo, ella llevaba las suyas al cuello y tenía un moretón en la mejilla. Estaban polvorientos y parecían cansados, pero el joven se abrió paso entre el gentío y le dijo a Mel Weatherwax.

—Joder, se me ha estropeado la moto. ¿Hay algún garaje en el pueblo?

—Mira, hijo —replicó Mel—, acabas de matar a uno de mis vaqueros. En este pueblo nadie te va reparar la puta motocicleta.

Estaban en 1929 y la Depresión llevaba ya dos años en esa parte del este de Oregón, así que a Mel no le preocupaba encontrar otro peón. Pero le alegró tener a ese chico para culparlo del accidente y, cuando la idea prendió en su interior, perdió los estribos y golpeó en la cara al joven, que cayó tambaleándose entre la multitud y aterrizó al pie de uno de los indios. El joven se limpió el polvo y el sudor de la cara con el dorso de la mano y miró sonriente al indio. Era un joven guapo, con el rostro tan bronceado que sus dientes parecían aún más blancos.

—Joder —dijo—, un puñetero indio.

Luego se puso en pie y arremetió contra Mel Weatherwax, y poco después varios hombres tuvieron que sujetarlo. La chica se quedó aparte, a la sombra, y mirando. Era delgada, iba sucia, tenía los ojos azules, era muy joven y parecía cansada, aunque mientras observaba la pelea los ojos le brillaron como si le gustase lo que veía. Después de eso, cuando alguien veía ese brillo en la mirada, sabía que iba a haber complicaciones.

Cuando acabó la pelea, las cosas se calmaron, y Mel, derrotado, se ofreció a invitar al joven a tomar una copa y todos fueron al Wagon

Wheel. Ahora que había un puesto de trabajo libre ninguno de los desempleados estaba dispuesto a perder de vista a Mel hasta que escogiese a alguien. Luego resultó que quien consiguió el trabajo fue el chico, y Mel y él, con el otro peón, se fueron juntos en la camioneta, y dejaron a la chica sola en el hotel. Camino del rancho recogieron la motocicleta, la subieron detrás, y luego intentaron arreglarla en el rancho, pero algunas piezas estaban rotas y el bastidor se había doblado. Harmon Wilder, el joven, les dijo a todos que la había robado en Oakland, California, y que le daba igual lo que le pasara a la moto.

No celebraron ningún funeral por el vaquero muerto; no tenía familia y, como estaban a principios de verano, todos los hombres de los ranchos estaban demasiado ocupados. Metieron el cadáver en un ataúd de madera, lo llevaron al rancho y lo enterraron allí.

La siguiente vez que los indios vieron a la chica estaba sirviendo mesas en el restaurante del hotel. Ninguno entró en el hotel; la vieron a través del ventanal que da a Walnut Street. En esos días no tenían trabajo. Vivían de los cheques del Gobierno Federal que recibían en la oficina de correos. Los cheques no dejaron de llegar hasta finales de los años treinta cuando el negocio de la madera empezó a ir tan bien que en las serrerías empezaron a contratar a indios. Así que en 1929 algunos indios iban al pueblo casi a diario y se quedaban delante de la oficina de correos, charlando y observando los asuntos del pueblo. Si se presentaba la ocasión compraban un poco de whiskey y se iban a algún otro sitio a bebérselo. Llegaron a conocer bastante bien a Harmon Wilder, porque, a diferencia de muchos vaqueros, no le importaba comprarle whiskey a los indios. Incluso iba a beber con ellos de vez en cuando. Y una vez, cuando los dos agentes federales de Portland fueron al pueblo y cerraron el Wagon Wheel, Harmon y un par más fueron en coche a Bend y compraron una caja de Canadian Club y Harmon les vendió tres cuartas partes a los indios. Esa noche fue como si todo el mundo en el pueblo estuviese borracho, aunque solo eran los empleados de la serrería,

los vaqueros y cinco y o seis indios. Los dos agentes federales se metieron en una pelea al intentar averiguar de dónde procedía el licor, y a uno de ellos le pegaron con una botella vacía en la cabeza y tuvieron que llevarlo en coche al hospital a sesenta kilómetros de allí.

No mucho después, llegó la policía y se llevó a la chica. Se llamaba Annemarie Levitt, había escapado de su familia en Portland y tenía solo dieciséis años. Estuvo fuera unas seis semanas, y luego volvió al pueblo en autobús, alquiló una habitación en el hotel y recuperó su trabajo en el restaurante. A esas alturas todos pudieron ver que estaba embarazada. Antes de que volviese a Portland, Harmon iba al pueblo a visitarla un rato los sábados por la noche, antes de ir al Wagon Wheel, pero luego ni siquiera hablaba con ella por la calle.

Cuando cayeron las primeras nieves a finales de octubre, todo el mundo en el pueblo sabía que sus padres no volverían a enviar a la policía a buscarla, y que ella no regresaría a Portland por su propia voluntad. En esa época del año los vaqueros podían ir al pueblo todas las noches si tenían dinero; Harmon tenía suerte jugando a las cartas, así que iba mucho por el pueblo. No había cambiado; seguía siendo alocado, seguía bebiendo demasiado, pero de vez en cuando se pasaba por el hotel para ver a Annemarie, y, al menos una vez, ella hizo autoestop para ir a verlo al rancho.

Annemarie Levitt no se fue a vivir con los indios hasta finales de la primavera siguiente, en 1930, después de haber ido a Bend y de haber tenido a su bebé en una de esas casas para madres solteras. Volvió a Iona sin el bebé. Nadie sabía qué desquiciaba más a Harmon: no saber qué era su hijo ni dónde estaba, o ver a la madre viviendo con los indios. Tal vez no fuera ninguna de las dos cosas; tal vez fuese lo que ella le hizo en la cara.

Ya no quería a Harmon; se lo demostró una tarde no muchas semanas después de volver al pueblo sin el bebé, cuando Harmon la detuvo por la calle. Llevaba una botella de whiskey y estaba medio borracho, aunque era solo el mediodía de un grisáceo día invernal;

la detuvo, le dijo algo que nadie más oyó, y luego se rio e intentó darle la botella de whiskey para que echara un trago y ella la cogió, la balanceó, trazando un amplio arco hacia arriba, se la estrelló en la cara y él salió volando. La nieve que habían quitado de la calle y apilado contra la acera formaba montones duros y sucios, Harmon cayó sobre la nieve, dejó una mancha de sangre y acabó cayendo de bruces contra el hielo duro de la calle; Annemarie se quedó allí con el gollete de la botella en la mano, riéndose de él, luego se lo tiró encima y se marchó y lo dejó tirado en la calle con la mandíbula rota, la mejilla rajada y la sangre cayendo caliente y congelándose en la calle. Varias personas lo presenciaron todo desde el otro lado de la calle, pero nadie se paró a ayudar a Harmon; su reputación en el pueblo ya era bastante mala como para esperar que le ayudaran; al final se levantó y fue dando tumbos calle abajo hasta el Wagon Wheel. Unos peones lo llevaron por fin al médico, y luego en coche al hospital. No, ya no lo quería. Tal vez lo odiara. Tal vez eso fuese lo bastante fuerte para hacerla volver. Luego, cuando le golpeó con la botella de whiskey y se rio de él al verlo impotente y su sangre congelándose en la calle, dejó de odiarlo y empezó a odiarse a sí misma.

Portland la había desquiciado. Incluso con dieciséis años la detestaba; era hija única y tenía desesperada a su familia; alocada, ya había tenido problemas con la policía una o dos veces antes de conocer a Harmon y huir con él por impulso; se sentaba en su cuarto del piso de arriba cuando sus padres la mandaban a la cama y esperaba a que se fuesen a dormir, luego se volvía a vestir, salía por la ventana y cogía un tranvía para ir al centro; pero, cuando volvía, entraba siempre por la puerta principal y, si la estaban esperando despiertos, se enfadaba y les decía que se ocuparan de sus asuntos, y si su padre intentaba abofetearla o darle unos azotes, lo golpeaba y se ponía a chillar hasta que él la dejaba en paz, luego volvía a su cuarto en el piso de arriba y cerraba la puerta con llave. Debió de conocer a Harmon en una de esas incursiones al centro de la ciudad porque una noche ya no volvió.

La cara de Harmon quedó desfigurada: perdió todos los dientes del lado izquierdo y una cicatriz le corría desde debajo del ojo izquierdo a través del labio hasta la barbilla; tenía el rostro hundido y los ojos azules habían perdido su brillo, desde entonces hasta que murió tuvo un aspecto muy normal; es posible que la vida de un buen vaquero trabajador no fuese la que había soñado en Oakland, California, pero, para él, no estuvo mal: dieciocho horas al día, cuando el ganado estaba en las montañas, el sol, el polvo y el olor cálido y ácido del caballo que tenía debajo, le fueron quitando en parte la rabia; el trabajo, incluso en invierno, las miles de tareas irritantes que había que hacer para cuidar del ganado, acababan con su exceso de energía hasta que apenas le quedaba suficiente para salir de juerga una noche de sábado al mes, una noche en la que beber, romper ventanas y aporrear cualquier cara que se le pusiera delante.

Se acostumbró a escribir cartas e iba a la oficina de correos siempre que tenía ocasión para ver si había tenido alguna respuesta. No pasó mucho tiempo sin que todo el mundo supiese lo que quería. Escribía cartas a los orfanatos y hospicios de todo Oregón, intentando averiguar si había en ellos algún niño apellidado Wilder o Levitt; pero salía de la oficina de correos, se sentaba en el banco, abría el correo y arrugaba las cartas después de leerlas, con el rostro negro de rabia, y así todos sabían que aún no había encontrado al niño. Tal vez también se le quitaron las ganas de encontrar al crío, porque al cabo de un tiempo se rindió y la gente dejó de pensar en él porque ya no iba por el pueblo y se quedaba siempre en el rancho. Los vaqueros iban y venían, y cambiaban de trabajo, pero Harmon no. Se quedó con Mel Weatherwax hasta que murió. Mel decía que era un buen vaquero, que no hablaba mucho y que, si lo dejabas en paz, no daba problemas. Fuese lo que fuese lo que le había impulsado a huir de Oakland al Salvaje Oeste, parecía haberlo encontrado. Tal vez lo que buscara fuese libertad. A lo mejor miró a su alrededor y vio que en Oakland todos estaban atrapados en sus pequeños barrios; todos respiraban el mismo aire, heredaban los mismos asientos en

la escuela, se dedicaban al mismo trabajo aburrido que sus padres y vivían en las mismas casas de estuco destartadas. Tal vez todo le pareciera una cárcel o una trampa, el modo en que todo el mundo esperaba que hiciese ciertas cosas porque siempre se habían hecho así, y en que esperaban que se le diesen bien esas cosas raras, absurdas y solitarias, y tal vez se asustase, de los edificios, del humo, del hedor de la bahía, del aspecto gris que tenía todo el mundo. A lo mejor le dio miedo convertirse en uno de esos adultos de rostro solitario e inexpresivo y tener que contentarse con una casa en el barrio y una novia del instituto y un trabajo en una fábrica y tener que estar ahí y morirse de eso. Así que huyó a la única frontera de la que había oído hablar y se hizo vaquero. Pero, por supuesto, se llevó consigo todo en su huida, y siguió pinchándole, destruyéndole y matándolo por dentro hasta que al final no quedó más que el cuerpo de un hombre trabajando. Y hasta eso murió. Fue un accidente. Un caballo le coceó y murió al día siguiente de una hemorragia cerebral; estaba intentando quitarle el hielo que se le había metido en los cascos al caballo, cuando resbaló, le retorció la pata al animal y el caballo le coceó justo en la sien, y lo mató. El accidente ocurrió en 1936, cuando tenía veintiséis años, casi veintisiete. Nunca llegó a ver a su hijo.

Tampoco lo vio Annemarie. Llevaba ya un tiempo viviendo con los indios, y no parecía estar mal, pero cuando se enteró de la muerte de Harmon, algo resurgió —algo que el odio de los blancos del pueblo no había logrado disminuir en todo ese tiempo— y unas semanas después se mató con una escopeta de caza de calibre 20. Tenía veinticuatro años. Los indios la enterraron.